

["El Correo", Talencia, 31 agosto 1900].

¡OMNE MIRARI!

Conocido es el aforismo del antiguo estoico: *¡nihil mirari!*, ¡no admirarse de nada! Hay que pasar indiferente junto a los espectáculos todos que la naturaleza, la vida y el arte nos ofrecen, superior á ellos, con aire como de quien está en el secreto.

Cuéntase de Posada Herrera que estando en cierta ocasión en Roma entró en la Basílica de San Pedro, y se olvidó descubrirse, ó no quiso hacerlo.

Al poco rato llegó un pertiguero ó cosa así (porque aunque he estado en San Pedro de Roma no sé si llevan ó no pértiga), advirtiéndole que se descubriera, invitación que desatendió Posada Herrera. Al cabo de algún rato se le acercó un emisario de su eminencia tal ó cual rogándole de nuevo que se descubriera, á lo que contestó el marrullero asturiano: Digale á su eminencia que estoy en el secreto.

En el secreto parece que están los que ante nada ni ante nadie se descubren.

Y, sin embargo, ¡que hermoso es andar descubierta siempre y vivir en perfecta admiración! Sólo el que de veras admira á un genio participa de su gloria.

¡Omne mirari! ¡admirarlo todo! tal debería ser nuestra divisa: ¡Admirarlo todo, porque todo es admirable! Todo es, sí, admirable, *miraculus*, milagro; todo es en el mundo milagroso, así como es misterioso todo. No es que unos fenómenos sean milagrosos y otros no, es que lo son todos.

Nada refresca más el alma que el contacto íntimo y frecuente con los niños, cuya alma está abierta siempre á la admiración. Por mi parte sé que suelo volver con el espíritu aireado de cada paseo que con mis dos hijos mayores doy.

Las nociones de tamaño, de grandeza, de duración y de fuerza son las que más se imponen á la atención de los niños. Su preocupación es saber quién puede más, si el elefante ó la ballena, quién es más grande, qué pueblo está más lejos.

Sienten una vaga atracción al infinito. Hay que ver á un niño cuando extendiendo el brazo y semi-cerrando los ojos dice: «está muy lejos, muy lejos, muy lejos, muy lejos...» ó bien: «á millones de millones de millones de millones de leguas.»



UNIVERSIDAD
SALAMANCA

Han dado en decir que la actual Exposición de París ha sido un fracaso que apenas ofrece interés alguno, que no es más que una inmensa feria con *atracciones* para los pobres provincianos más ó menos isídro, y es cosa que da entre risa y grima oír á un pobre diablo que viene de París y que nunca las vió tan gordas repetirnos con aire displicente que aquello es un fiasco. El pobrete no quiere que le tomen de primo.

Decía un amigo mío que nadie le desorientaba tanto como aquel que de todo se admiraba y ante todo prorrumpla en himnos y alabanzas, porque le parecía que por nada en realidad sentía admiración. Yo no sé si lo que voy á decir será hegelianizar en exceso, pero siempre me ha parecido que la forma más perfecta,

y como el coronamiento del *nihil mirari*, es el *omnia mirari*!

El mejor modo de no admirarse de nada es admirarse de todo, es igualarlo todo ante la admiración. Pero en el fondo son enteramente diversos uno y otro estado de ánimo. Es la diferencia que va de entregarnos al mundo á que el mundo se nos entregue.

Siempre que se me ha propuesto la antiquísima, archi-resobada y á mi entender de ordinario mal planteada cuestión de la posibilidad del milagro, he sacado de quicio á mi interlocutor, irritándole á las veces, con esta observación: «estoy dispuesto á oír por vez milésima oncena cuanto acerca de la posibilidad del milagro quiera usted repetirme, pero le advierto que muy lejos de negar yo los milagros, sostengo, por el contrario, que no hay fenómeno alguno que no sea milagroso, y que esos que usted llama milagros no lo son más que los otros ni de distinta especie.» Así me evito el que me vengan con la monserga de las leyes de la naturaleza y del «orden que en las cosas se guarda comunmente.» Eso sí, no me libro que en tono despectivo y á manera de mote me llamen *idealista*, y cuando al llamarme al poco rato *materialista* me encoja de hombros diciendo: ¡todo es igual!, me sueltan al punto aquello de: su cabeza de usted es una olla de grillos.

¡Oh!, los grillos, los queridos grillos de la olla de mi cabeza, que así que sale el sol se ponen á cantarle un himno! Porque son unos grillos musicales que cantan á compás y en coro, y que me enseñan á que admirándome de todo, no reserve mi admiración para los milagros de ninguna clase.

Miguel de Unamuno.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES